



Guido Cappelli, *Maiestas. Política e pensiero político nella Napoli aragonese (1443-1503)*, Roma, Carocci, 2016, 235 pp. ISBN: 978-88-430-8575-0

Quienes tenemos la fortuna de conocer y seguir desde hace al menos tres lustros la trayectoria del investigador y profesor italiano, Guido Cappelli, contemplamos con resignación la distancia que nos separa de su Nápoles natal, donde desempeña actualmente su docencia e investigación, especialmente cuando recordamos que el tejido universitario español tuvo varias oportunidades para acogerlo en su seno. Nos encontramos ante uno de los especialistas en lo que él mismo ha dado en calificar de «filología política» más destacados en nuestra vieja Europa, cuyo conocimiento de primera mano de autores como Machiavelli, su contexto intelectual e historiográfico, y, por supuesto, el círculo literario-político de la Corte de que se supo rodear el por otro lado escasamente cultivado Alfonso el Magnánimo en Nápoles, jalonada por el Panormita y el Valla, despierta admiración y respeto a nivel global. La obra que reseñamos reelabora algunos trabajos ya publicados, a los que se añaden luminosas páginas inéditas, centrados en torno a la constitución de la idea de poder difundida por parte de intelectuales del siglo XV como Giovanni Brancato, Giovanni Pontano, Diomedes Carafa o Francesco Patrizi, entre los que cumple subrayar las debidas diferencias. Por ejemplo, el espíritu clasicista tendente a la abstracta armonía de Patrizi poco tiene que ver con las prescripciones pragmáticas suministradas por Carafa a Ferrante de Aragón, sin que ello sea óbice para percibir cierto aire de familia en los escritos de todos los autores mencionados. La capacidad de Cappelli para situar al lector en las disposiciones y motivaciones que dieron lugar a este conjunto de obras roza la pericia teatral: resulta imposible no dejarse llevar por la capacidad de sugestión de una corriente de discursos cuyo objetivo principal tenía su punto de mira en la conformación de una ciudadanía obediente, satisfecha con sus gobernantes y deseosa de participar activamente en la defensa de su territorio. El ensayo *Maiestas* nos traslada con perspicacia argumentativa y con sumo rigor filológico a la conformación de lo que podría calificarse como el *organon* de toda política, a saber, los mecanismos de subjetivación que despliegan los vínculos existentes entre el monarca y el súbdito. El lector atento queda a la expectativa de la prometida edición comentada del *De obedientia* del Pontano, obra cumbre de lo que cabe calificar como Edad de Oro de la dinastía Alfonsina en Nápoles, que confiemos Guido Cappelli pueda poner muy pronto en manos del público especializado.

La temática que esbozamos dirige nuestra mirada en derechura al Humanismo *quattrocentesco* meridional de la península italiana y a la proyección política de los escritos que marcan el nacimiento y el ocaso de un sueño estatista –que se extiende de Brancato al Galateo, último gran intelectual de esta corriente y superviviente a la caída de la dinastía aragonesa– que no estuvo acompañado de las condiciones de materialización histórica imprescindibles para dar continuidad efectiva a las grandes teorías. Cappelli diagnostica con el detalle de un entomólogo la impotencia

de reclamar la herencia de sangre, el palio, la coronación y el legado familiar como el cauce adecuado para la cesión del poder político –véase p. 25–, de suerte que la intuición y pragmatismo de una figura como Alfonso el Magnánimo le anima a articular un ejército de secretarios y asesores que le permitan apoderarse de los instrumentos de convicción necesarios para dotar al poder del monarca de sólidos fundamentos, a saber, los propios de la opinión pública y el parecer común. El monarca reconoce que su autoridad depende de manera directa de la estima que sea capaz de generar entre sus súbditos, no de oscuras expresiones paulinas sobre la procedencia divina del poder. La estrategia no se aleja demasiado de lo que medio siglo más tarde preconizará Machiavelli, si bien el florilegio de virtudes invocadas por la corte literaria del Magnánimo resulta llamativamente clásico, de origen ciceroniano y senequista –*clementia, iustitia, fortitudo, obedientia*–. Como sostiene Francesco Patrizi en *De regno*, los *nova regna* de Alfonso tienen sus raíces en una serie de *virtutes* inspiradas en los *studia humanitatis*, que propician toda suerte de cláusulas virgilianas y la comparación constante con Alejandro Magno (p. 59). Nos encontramos así bastante lejos del pesimismo antropológico del viejo Machiavelli y más bien ante un organicismo político que completa el cuerpo político con la cabeza de un monarca que solo se entiende como *legibus solutus* en la medida en que se sabe *oculis legatus* (p. 31), lo que recuerda poderosamente el operador blumenberguiano de «óptica pasiva» que tan oportunamente recordaba José Luis Villacañas, Catedrático de la Facultad de Filosofía de la UCM, en la presentación del ensayo de Cappelli en esta universidad en mayo de 2017. El monarca del que nos habla el Humanismo napolitano se sabe *exemplum*, como elemento expuesto a la mirada de súbditos que podrían reaccionar negativamente tanto en caso de identificar una decadencia de la *maiestas* cuanto en el de padecer una crueldad excesiva a manos de los potentes de la tierra. Por tanto, el *ethos* elogiado por estos autores prioriza la igualdad y la cooperación funcional entre las partes, que se consideran miembros de la misma totalidad, declarando definitivamente periclitada la visión teológica del mundo y el hombre, por no decir de la política. Esta deja de considerarse como el resto arrojado por la retirada de Dios, para contemplarse como un arte difícil de la supervivencia en medio de dinámicas siempre contingentes.

La prueba de la continuidad con que nace la teoría política del Humanismo al servicio de la Casa de Aragón en Nápoles la encontramos en una pieza como la «Commendatio a Ferrante de Giovanni Brancato», reproducida y traducida por Cappelli en su ensayo, que suministra al lector numerosas primicias de autores generalmente no representados en los manuales sobre la tradición humanista. Se consigue con ello poner de manifiesto la pluralidad interna al propio Humanismo italiano, así como animar a calibrar la alta retórica manejada por estos intelectuales, maestros del análisis psicológico y de la producción de proximidad entre individuos en principio separados por un abismo de clase social y funciones cognitivas. Ciertamente, el monarca y los súbditos están destinados a comunicarse y encontrarse en las obras de Pontano, Vergerio y Brancato, en un fenómeno de mutuo reconocimiento que se expresa bajo la forma de obediencia y servicio. La fórmula del *do ut des* del Código de Justiniano atraviesa asimismo con la recia autoridad del Clasicismo romano estas páginas. Pontano en su *De principe* llegará a hablar en efecto de una *mutua caritas*, que mantiene todo unido en el interior del cuerpo político, en virtud de las expectativas recíprocas de quienes forman parte del todo, desembocando en la generación del efecto denominado propiamente *maiestas*, en el

que cabe reconocer una suerte de versión inmanente de la arcaica potencia divina. De hecho, la majestad monárquica procede ahora de las competencias y *virtutes* propias del gobernante, que sabe hacer del *amor* y de la *humanitas* las fuerzas impulsoras de las diferentes capas sociales de su pueblo (p. 94). La *fides* y la *pax* serán las realidades sociales resultantes de semejante conducta política. Una obra como *De obedientia*, la segunda gran obra del intelectual orgánico Pontano, aunque no por ello menos crítico y rebelde frente al poder –recalca Cappelli–, indaga justamente en la capacidad del gobernante para activar las dimensiones más beneficiosas a nivel civil de la *sociabilitas* humana. Quien manifieste destreza para establecer ese diálogo hará suyo el poder y, lo que es más difícil, conquistará la autoridad, esto es, con razones y motivaciones, en lugar de recurriendo a despliegues pasivos de virtualidad orgánica, como ocurre más bien en el mundo organicista medieval de Dante Alighieri.

Quizás no haya mayor confirmación de la concepción inmanente del poder difundida por los autores rescatados por la lúcida pluma de Cappelli que lo que podría calificarse como testamento del principal intelectual de esta corriente humanista, como es el caso de su obra *De fortuna*, originalmente dedicada al tutor del último representante de la estirpe Alfonsina y posteriormente a Gonzalo de Córdoba. En ella, Pontano recoge observaciones que anuncian la mirada de Machiavelli acerca de la centralidad de la fortuna en la configuración y cumplimiento de los sueños del ser humano, madre de coyunturas que vienen a dismantelar sólidos proyectos e incluso acendradas convicciones éticas y sociales (212 y 221). Con ello, la fórmula elegida por Cappelli para presentar a este conjunto de intelectuales no podía ser más conveniente, toda vez que el inicial entusiasmo y el posterior desencanto polarizan la descripción de un periodo en que la teoría de la virtud se convierte en potente mecanismo de producción de ideología, con unas ansias de reivindicación de la capacidad humana para producir normatividad y orden civil que anteceden con mucho lo que suele entenderse por Modernidad política europea. El libro de Cappelli constituye sin duda un instrumento crucial para el óptimo desenvolvimiento del especialista, así como para ampliar la perspectiva habitualmente adoptada fuera de Italia para aproximarse al fenómeno europeo del Humanismo. Seguramente la lógica civil puesta en claro por Brancato, Pontano o Patrizi forme parte de una suerte de inconsciente republicano en el que no pueden dejar de inspirarse los defensores de una política creíble en nuestros días, pero asistir como testigo a la caída y crisis del propio ideario parece acompañar indefectiblemente a la apuesta y esfuerzo en proyectos comunitarios y empresas de carácter político.

Nuria Sánchez Madrid
Universidad Complutense de Madrid
nuriasma@ucm.es